oprobio y la verguenza del género humano.»

Todo lo que hasta aquí hemos escrito, debe aplicarse, y aun con mayor razón, al abuso en la bebida de la chicha, y decimos con mayor razón, porque esta bebida, además de embotar terriblemente las facultades del hombre, es muy difícil conseguir que la dejen los que son víctima del vicio.

ISMAEL PERDOMO
Obispo

AHORRAR ES PRIVARSE

Armonía del dolor

Por el prado soñoliento
Que aroma fugaz el viento
Va mugiendo la vacada,
Y llena con sus mugidos
El aire, el bosque, los nidos,
Y hasta la oscura hondonada.

Un rayo de luz postrera
Brilla en la alta cordillera
Jugueteando con la sombra,
Mientras en el bosque umbrío,
La brisa del raudo río
Con hojas el suelo alfombra.

En la fronda aves canoras
Desgranan notas sonoras
Despidiéndose del día,
Tímido el polluelo exhala
De la madre bajo el ala
Su primicia de armonía.

Van brotando de la tierra
Y ascendiendo por las sierras
Mil insectos voladores;
Suelta la flor su perfume,
Que en el aire se consume
Entre quejas y rumores.

Cómo nubes de albo incienso
Cruzan el espacio inmenso
Tenues copos de neblina,
El viento dice secretos
Y entre los sauces escuetos
La mirla doliente trina.

Sobre el llano florecido,
Relampagueando sin ruido,
Va el cocuyo esplendoroso,
El llano un cielo parece,
Que de luces se estremece
De la tarde en el reposo.

Se puebla el cielo de estrellas
Y, reina de todas ellas,
Asoma la blanca luna;
A su luz todo reposa,
Suave perfume en la rosa
Las garzas en la laguna.

Todo duerme, todo calla,
Todo en silencio se halla
De la noche bajo el manto,
Y tan so[illegible]llá a lo lejos
Un violín suelta sus dejos
Que son suspiros y llantos.

Las cuerdas tristes sollozan
Bajo el arco en que se posan
Los dedos de mano ajada.
¡Si entre sombras vive el ciego
Al instrumento da el fuego
Que se extinguió en su mirada!

En su sér bullen colores;
Recuerdos de días mejores
Que con la visión se fueron;
Combina en la sombra notas
Que serán amargas notas
De llanto por los que huyeron.

Mas el instrumento en vano
Estruja bajo su mano
Para que el dolor exprese.
En vano el arco resbala
Por que la cuerda no exhala
La nota que él apetece.

Y aunque el violín triste llora,
Cual tierno niño que implora
Las caricias maternales,
Nunca a modular alcanza
La lamentación que avanza
Por su garganta en raudales.

Tras de tentativa ruda,
En que el pobre ciego suda
Sin que relieve dar pueda
A su doliente armonía,
De su pupila vacía
Amarga lágrima rueda.

Lágrima que, hecha diamante,
Sobre la cuerda vibrante
Quedó, temblando, pendiente,
Y la muda cuerda, herida
Por la perla desprendida,
Lanzó una queja doliente.

Y aquel lúgubre sonido
Condensando en un gemido
El dolor del pecho humano,
Tal espanto causó al ciego,
Que, vió su dolor, y luégo,
Soltó el violín de su mano.

BERNABE RIVEROS.

PRIVARSE ES MORTIFICARSE

Cultivo de fríjoles blancos

Centenares de personas han solicitado datos precisos, en la Secretaría de la Sociedad de Agricultores, sobre el cultivo de los fríjoles blancos, propios para la exportación a los Estados Unidos, de acuerdo con la demanda creciente que tiene el artículo en aquel país. No ha sido posible, por el número de solicitantes y por falta de experiencia completa, suministrar esos datos de modo tal que con ellos se logre emprender cultivos, acertadamente y en buenas condiciones respecto a escogencia de tiempo, de semilla y de terrenos y a precauciones que deban adoptarse para combatir las plagas que atacan las sementeras y los granos.

Por eso nos dimos a la tarea de hacer un estudio para publicar instrucciones generales, claras y precisas, relacionadas con el cultivo dicho, a fin de que los agricultores las puedan tener en cuenta oportunamente.

Procuremos condensar, en capítulos cortos, el estudio que hemos hecho.

Semillas

En fríjoles blancos, pequeños y medianos (los grandes no tienen

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

EL MORO

Por José Manuel Marroquín

Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XIX

Algo sobre patologia y terapéutica

Cierto día en que se me suministró mucho grano seco y en que por descuido no se me dió de beber oportunamente, me sobrevino un torozón. Nadie lo notó á tiempo, y no empezaron á aplicarme remedios sino cuando ya el mal se había agravado y cuando los dolores y las ansias me tenían postrado. D. Bernabé dispuso en primer lugar que se hiciese de una vela de sebo el uso que, en casos como aquel, sabe hacer todo el mundo. Cuando se vió que no producía el efecto apetecido, se ocurrió al medio de meterme una vara gruesa por debajo y á pasármela por el vientre, desde el pecho hasta los ijares.

¿Cómo es posible que los campesinos que han visto en las bestias muertas la disposición de nuestro estómago y de nuestras tripas, se figuren que con aquel pasarnos el palo han de conseguir el resultado que se proponen? Pero así lo vieron hacer á sus padres, como éstos se lo habían visto hacer á los suyos y éstos á los de más arriba; y así debe continuar la cosa hasta el fin de los siglos.

Amén de lo de la vela y de lo del palo, me fueron aplicados no sé qué otros remedios y procedimientos, á pesar de todos los cuales salí felizmente de aquel peligro. En el curso de mi vida me han aquejado bastantes dolencias, y en conciencia puedo asegurar que casi siempre me han perjudicado y atormentado más las medicinas que las enfermedades.

Esta afirmación no parecerá atrevida á los que sepan que en la mayoría de los casos, para toda curación se necesita derribar al suelo al caballo y sujetarlo á fin de que permanezca tendido. Recuerdo que una vez que me sacaron el haba, me echaron *pialera* para derribarme. La pialera es, no sé si decir un procedimiento ó un aparato, de que se usa de la manera siguiente: se dobla un rejo de enlazar; con el extremo en que se halla el doblez se le pone collar á la bestia; un extremo del rejo se pasa por el collar, por debajo del espolón de una pata, y otra vez por el collar; hecha esta maniobra por ambos lados, un hombre tira del cabestro, y otros dos de los rejos que se han pasado por las patas, hasta que el animal viene al suelo. Esto es por sí solo capaz de producir un daño mayor que el provecho que pueden hacer las medicinas y las operaciones que exigen el empleo de la tal pialera.

De lo que me contaba mi malogrado amigo Gulliver, con relación á la época en que le sirvió á un médico, infiero que los hombres civilizados cuando se ven acometidos de una enfermedad resisten á ella con todas sus fuerzas y se sienten alentados por la esperanza de la curación. No sucede lo mismo con los caballos ni, según creo, con los demás brutos ni con los salvajes. El viviente que sólo obedece á instintos naturales, se rinde descorazo-